

# J.R.R. TOLKIEN

*Editado por* CHRISTOPHER TOLKIEN

## CUENTOS INCONCLUSOS

DE NÚMENOR  
Y LA TIERRA MEDIA

An illustration depicting the sea god Ulmo, a large, bearded, and horned figure with a long white beard, holding a trident. He is shown in a dynamic, almost dancing pose amidst turbulent blue and white waves. In the foreground, a small mortal figure stands on the water's surface, holding a sword and a shield, looking up at the god. The background features a bright, hazy sky with several seagulls flying. The overall style is reminiscent of classic fantasy art.

minotauro



TOLKIEN

# Cuentos inconclusos

DE NÚMENOR Y LA TIERRA MEDIA

POR

J. R. R. TOLKIEN

Introducción, comentario, índice y mapas de  
Christopher Tolkien

minotauro

*Cuentos Inconclusos*  
J.R.R. Tolkien

Título original: *Unfinished Tales of Númenor and Middle-Earth*

Publicado por primera vez en tapa dura por HarperCollinsPublishers en 1992  
Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Unwin Hyman 1980

© The Tolkien Estate Limited and C.R. Tolkien 1980

Mapas de Númenor y *El oeste de la Tierra Media* al final de la Tercera Edad dibujados por  
C.R. Tolkien para *Unfinished Tales*, 1980

© Traducción de Rubén Masera

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 7a planta. 08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.sociedadtolkien.org](http://www.sociedadtolkien.org)



® y Tolkien® son marcas registradas de The Tolkien Estate Limited

ISBN: 978-84-450-1278-9  
Depósito legal: B. 1.950-2022  
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

# ÍNDICE

Lista de mapas y genealogías	11
Nota	13
Introducción	15

## PRIMERA PARTE LA PRIMERA EDAD

1. DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN	35
Notas	71
2. NARN I HÎN HÚRIN. La historia de los hijos de Húrin	77
La infancia de Túrin	77
Las palabras de Húrin y de Morgoth	86
La partida de Túrin	89
Túrin en Doriath	97
Túrin entre los proscritos	106
De Mím el Enano	118
La vuelta de Túrin a Dor-lómin	126
La llegada de Túrin a Brethil	132
El viaje de Morwen y Nienor a Nargothrond	135
Nienor en Brethil	144
La llegada de Glaurung	149
La muerte de Glaurung	157
La muerte de Túrin	165
Notas	171
Apéndice	175

SEGUNDA PARTE  
LA SEGUNDA EDAD

1. UNA DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE NÚMENOR	189
Notas	196
2. ALDARION Y ERENDIS. La esposa del marino	198
La continuación de la historia	231
Notas	239
3. LA LÍNEA DE ELROS: REYES DE NÚMENOR	
Desde la fundación de la ciudad de Armenelos	
hasta la Caída	245
Notas	251
4. LA HISTORIA DE GALADRIEL Y CELEBORN	
y de Amroth, Rey de Lórien	255
De Galadriel y Celeborn	261
Amroth y Nimrodel	268
La Elessar	277
Notas	281
Apéndices	284

TERCERA PARTE  
LA TERCERA EDAD

1. EL DESASTRE DE LOS CAMPOS GLADIOS	299
Las fuentes de la leyenda de la muerte de Isildur	304
Notas	306
2. CIRION Y EORL Y LA AMISTAD DE GONDOR Y ROHAN	317
(i) Los Hombres del Norte y los Aurigas	317
(ii) La expedición de Eorl	324
(iii) Cirion y Eorl	330
(iv) La tradición de Isildur	338
Notas	341
3. LA BÚSQUEDA DE EREBOR	351
Notas	357
Apéndice	358

4. LA BÚSQUEDA DEL ANILLO	367
(i) Del viaje de los Jinetes Negros según lo contó Gandalf a Frodo	367
(ii) Otras versiones de la historia	372
(iii) De Gandalf, Saruman y la Comarca	379
Notas	383
5. LAS BATALLAS DE LOS VADOS DEL ISEN	387
Notas	397

CUARTA PARTE  
LOS DRÚEDAIN, LOS ISTARI, LAS PALANTÍRI

1. LOS DRÚEDAIN	409
La piedra fiel	413
Más notas acerca de los Drúedain	414
Notas	417
2. LOS ISTARI	421
Notas	434
3. LAS PALANTÍRI	437
Notas	446
Índice de nombres	453

---

## DE TUOR Y SU LLEGADA A GONDOLIN

Rían, esposa de Huor, vivía con el pueblo de la Casa de Hador; pero cuando llegó a Dor-lómin el rumor de la Nirnaeth Arnoediad, y sin embargo no tuvo nuevas de su señor, empezó a desesperar y echó a andar sola por el descampado. Allí habría perecido, pero los Elfos Grises acudieron a ayudarla. Porque parte de este pueblo tenía su morada en las montañas al oeste del Lago Mithrim; y allí la condujeron y dio allí a luz a un hijo antes que terminara el Año de la Lamentación.

Y Rían dijo a los Elfos: «—Sea llamado *Tuor*, porque ése es el nombre que le dio su padre antes de que la guerra se interpusiera entre nosotros. Y os ruego que lo criéis y lo mantengáis oculto a vuestro cuidado; porque preveo que será ocasión de un gran bien para los Elfos y para los Hombres. Pero yo he de ir en busca de Huor, mi señor.»

Entonces los Elfos se apiadaron de ella; pero un tal Annael, el único de entre todos los de ese pueblo que había vuelto de la Nirnaeth, le dijo: «—Ay, señora, se ha sabido que Huor cayó junto a Húrin, su hermano; y yace, según creo, en el gran montón de muertos que los Orcos han levantado en el campo de batalla.»

Por tanto, Rían se puso en camino y abandonó la morada de los Elfos y atravesó la tierra de Mithrim y llegó por fin a la Haudh-en-Ndengin en el yermo de Anfauglith, y allí se tendió y murió. Pero los Elfos cuidaron del pequeño hijo de Huor, y Tuor creció entre ellos; y era blanco de cara y de cabellos dorados, como los parientes de su padre, y se hizo fuerte y alto y valiente, y como había sido criado por los Elfos tenía conocimientos y habilidad semejantes a los de los príncipes de los Edain antes de que la ruina asolara el Norte.

\* \* \*

Pero con el paso de los años, la vida de los habitantes de Hithlum que quedaban todavía, Elfos u Hombres, fue volviéndose más dura y peligrosa. Porque como en otra parte se cuenta, Morgoth quebrantó la promesa que había hecho a los Hombres del Este, les negó las ricas tierras de Beleriand que habían codiciado, y llevó a este pueblo

malvado a Hithlum y les ordenó morar allí. Y aunque ya no amaban a Morgoth, lo servían aún por miedo, y odiaban a todo el pueblo de los Elfos; y despreciaron al resto de la Casa de Hador (ancianos y mujeres y niños en su mayoría) y los oprimieron, y desposaron a las mujeres por la fuerza, y tomaron tierras y bienes y esclavizaron a los niños. Los Orcos iban de un lado a otro por el país y perseguían a los Elfos demorados hasta las fortalezas de las montañas, y se llevaban a muchos cautivos a las minas de Angband para que trabajaran allí como esclavos de Morgoth.

Por tanto, Annael condujo a su pequeño pueblo a las cuevas de Androth, y allí tuvieron una vida dura y fatigosa, hasta que Tuor cumplió quince años y fue hábil en el manejo de las armas, el hacha y el arco de los Elfos Grises; y el corazón se le enardeció al escuchar la historia de las penurias de los suyos y deseó ponerse en camino para vengarse de los Orcos y los Hombres del Este. Pero Annael se lo prohibió.

–Lejos de aquí, según creo, te aguarda la perdición, Tuor, hijo de Huor –dijo–. Y esta tierra no se verá libre de la sombra de Morgoth en tanto la misma Thangorodrim no sea derribada. Por tanto, hemos resuelto abandonarla y partir hacia el sur; y tú vendrás con nosotros.

–Pero ¿cómo escapar a la red de nuestros enemigos? Porque sin duda la marcha de un número tan crecido no pasará inadvertida.

–No avanzaremos al descubierto –dijo Annael–, y si la fortuna nos acompaña, llegaremos al camino secreto que llamamos Annon-in-Gelydh, la Puerta de los Noldor; porque fue construido por la sabiduría de ese pueblo, mucho tiempo atrás, en días de Turgon.

Al oír ese nombre Tuor se sobresaltó, aunque no supo por qué; e interrogó a Annael acerca de Turgon. «–Es un hijo de Fingolfin –dijo Annael– y es ahora considerado Alto Rey de los Noldor desde la caída de Fingon. Porque vive todavía, el más temido de los enemigos de Morgoth, y escapó de la ruina de la Nirnaeth cuando Húrin de Dorlómín y Huor, tu padre, defendieron tras él los pasos del Sirion.»

–Entonces iré en busca de Turgon –replicó Tuor–; porque sin duda me ayudará en consideración a mi padre.

–No podrás –dijo Annael–. Porque la fortaleza de Turgon está oculta a los ojos de los Elfos y de los Hombres, y no sabemos dónde se encuentra. De entre los Noldor, quizá, algunos conocen el Camino, pero nadie habla de eso. No obstante, si quieres hablar con ellos, acompáñame como te dije; porque en los puertos lejanos del Sur es posible que te topes con viajeros que vengan del Reino Escondido.

Así fue que los Elfos abandonaron las cuevas de Androth, y Tuor los acompañó. Pero el enemigo vigilaba y no tardó en advertir la partida de los Elfos; y no se habían alejado mucho de las colinas cuando fue-



ron atacados por una gran fuerza de Orcos y Hombres del Este, y quedaron esparcidos por todas partes mientras huían hacia la caída de la noche. Pero el corazón de Tuor ardió con el fuego de la batalla y luchó durante mucho tiempo y mató a muchos de los que le atacaron; pero por fin fue superado y hecho cautivo y llevado ante Lorgan el Hombre del Este. Ahora bien, este tal Lorgan era considerado el capitán de los Hombres del Este y pretendía regir toda Dor-lómin como feudo de Morgoth; e hizo de Tuor su esclavo. Dura y amarga fue entonces la vida de Tuor; porque complacía a Lorgan darle un tratamiento más cruel todavía que el acostumbrado por ser de la parentela de los antiguos señores, y pretendía quebrantar, si podía, el orgullo de la Casa de Hador. Pero Tuor fue prudente, y soportó todos los dolores y contratiempos con vigilante paciencia; de modo que con el tiempo su suerte se alivió un tanto, y al menos no pereció de hambre como les ocurría a tantos desdichados esclavos de Lorgan. Porque tenía habilidad y fuerza y Lorgan alimentaba bien a sus bestias de carga mientras eran jóvenes y podían trabajar.

Pero al cabo de tres años de servidumbre Tuor vio por fin una oportunidad de huir. Había crecido mucho en estatura, y era ahora más alto y más rápido que ninguno de los Hombres del Este; y habiendo sido enviado junto con otros esclavos a hacer un trabajo en los bosques, se volvió de pronto contra los guardias y los mató con una espada y escapó a las colinas. Los Hombres del Este lo persiguieron con perros, pero de nada sirvió; porque casi todos los perros de Lorgan eran amigos de Tuor, y si lo alcanzaban, jugaban con él, y se alejaban cuando él así lo ordenaba. De este modo regresó por fin a las cuevas de Androth y se quedó allí viviendo solo. Y durante cuatro años fue un proscrito en la tierra paterna, torvo y solitario; y era temido, porque salía con frecuencia y mataba a muchos de los Hombres del Este con que se topaba. Entonces se puso un alto precio a su cabeza; pero nadie se atrevía a acercarse a su escondite, aun con fuerzas numerosas, pues temían a los Elfos y esquivaban las cuevas donde habían habitado. Sin embargo, se dice que las expediciones de Tuor no tenían como propósito la venganza, y que buscaba sin cesar la Puerta de los Noldor, de la que hablaban los Anales. Pero no la encontró, porque no sabía dónde buscar, y los pocos Elfos que habitaban aún en las montañas no habían oído hablar de ella.

Ahora bien, Tuor sabía que, aunque la fortuna aún lo favoreciese, los días de un proscrito están contados, y son siempre pocos y sin esperanza. Tampoco estaba dispuesto a vivir siempre como un hombre salvaje en las colinas desnudas, y el corazón lo instaba sin descanso a grandes hazañas. Fue entonces, según se dice, que se manifestó el poder de

Ulmo. Porque recababa nuevas de todos los que pasaban por Beleriand, y cada corriente que fluía desde la Tierra Media hacia el Gran Mar era para él un mensajero, tanto de ida como de vuelta; y mantenía también amistad, como antaño, con Círdan y los Carpinteros de Barcos en las Desembocaduras del Sirion.<sup>1</sup> Y por ese entonces, Ulmo atendía sobre todo al destino de la Casa de Hador, porque se proponía que ellos desempeñaran un importante papel en la empresa de socorrer a los Exiliados; y conocía perfectamente el infortunio de Tuor, porque en verdad Annael y muchos de los suyos habían logrado huir de Dor-lómin y habían llegado por fin al encuentro de Círdan en el lejano Sur.

Así fue que un día a principios del año (veintitrés a partir de la Nirnaeth) Tuor estaba sentado junto a un manantial que llegaba hasta las puertas de la cueva donde él vivía; y miraba en el oeste una nubosa puesta de sol. Entonces, de pronto, el corazón le dijo que ya no seguiría esperando, sino que se pondría en pie y partiría.

—¡Abandonaré ahora las tierras grises de mi parentela que ya no existe —exclamó— e iré en busca de mi destino! Pero ¿a dónde encaminarme? Mucho tiempo he buscado la Puerta y no la he encontrado.

Entonces tomó el arpa que siempre llevaba consigo, pues era hábil en el tañido de sus cuerdas, y sin tener en cuenta el peligro de su clara voz solitaria en el yermo, cantó una canción élfica del Norte para animar los corazones. Y mientras cantaba, el pozo a sus pies empezó a bullir con gran incremento de agua, y desbordó, y un riachuelo corrió ruidoso ante él por la rocosa ladera de la colina. Y Tuor tuvo esto por un signo y se puso de pie sin demora y lo siguió. De este modo descendió de las altas colinas de Mithrim y salió a la planicie de Dor-lómin al norte; y el riacho crecía sin cesar mientras él avanzaba hacia el oeste, hasta que al cabo de tres días pudo divisar en el oeste los prolongados cordones grises de Ered Lómin que en esas regiones se extienden hacia el norte y el sur cercando las lejanas playas de las Costas Occidentales. Hasta esas montañas nunca había llegado Tuor en sus viajes.

La tierra se había vuelto más quebrada y rocosa otra vez al acercarse a las montañas, y pronto empezó a elevarse ante los pies de Tuor, y la corriente descendió por un lecho hendido. Pero a la luz penumbrosa del crepúsculo del tercer día, Tuor encontró ante sí un muro de roca, y había en él una abertura como un gran arco; y la corriente pasó por allí y se perdió. Se afligió entonces Tuor y dijo: «—¡Así pues, mi esperanza me ha engañado! El signo de las colinas sólo me ha traído a un oscuro fin en medio de la tierra de mis enemigos.» —Y con desánimo en el corazón se sentó entre las rocas en la alta orilla de la corriente,

manteniéndose alerta a lo largo de una amarga noche sin fuego; porque era todavía el mes de Súlimë y ni el menor estremecimiento de primavera había llegado a esa lejana tierra septentrional, y un viento cortante soplaba desde el este.

Pero mientras la luz del sol naciente brillaba pálida en las lejanas nieblas de Mithrim, Tuor oyó voces, y al mirar hacia abajo vio con sorpresa a dos Elfos que vadeaban el agua poco profunda; y cuando subían por los escalones cortados en la orilla rocosa, Tuor se puso de pie y los llamó. Ellos en seguida desenvainaron las brillantes espadas y se abalanzaron sobre él. Entonces él vio que llevaban una capa gris, pero debajo iban vestidos de cota de malla; y se maravilló, porque eran más hermosos y fieros, a causa de la luz que tenían en los ojos, que nadie del pueblo de los Elfos que hubiera visto antes. Se irguió en toda su estatura y los esperó; pero cuando ellos vieron que no esgrimía arma alguna, sino que allí, de pie y solo, los saludaba en lengua élfica, envainaron las espadas y le hablaron cortésmente. Y uno de ellos dijo: “Gelmir y Arminas somos, del pueblo de Finarfin. ¿No eres uno de los Edain de antaño que vivían en estas tierras antes de la Nirnaeth? Y en verdad del linaje de Hador y Húrin me pareces; porque tal te declara el oro de tus cabellos.”

Y Tuor respondió: –Sí, yo soy Tuor, hijo de Huor, hijo de Galdor, hijo de Hador; pero ahora por fin quiero abandonar esta tierra donde soy un proscrito y sin parientes.

–Entonces –dijo Gelmir–, si quieres huir y encontrar los puertos del Sur, ya tus pies te han puesto en el buen camino.

–Así me pareció –dijo Tuor–. Porque seguí a una súbita fuente de agua en las colinas hasta que se unió a esta corriente traidora. Pero ahora no sé a dónde volverme, porque ha desaparecido en la oscuridad.

–A través de la oscuridad es posible llegar a la luz –dijo Gelmir.

–No obstante es preferible andar bajo el sol mientras es posible –dijo Tuor–. Pero como sois de ese pueblo, decidme si podéis dónde se encuentra la Puerta de los Noldor. Porque la he buscado mucho, sin cesar desde que Annael de los Elfos Grises, mi padre adoptivo, me habló de ella.

Entonces los Elfos rieron y dijeron: –Tu búsqueda ha llegado a su fin; porque nosotros acabamos de pasar esa Puerta. ¡Allí está delante de ti! –Y señalaron el arco por donde fluía el agua. ¡Ven pues! A través de la oscuridad llegarás a la luz. Pondremos tus pies en el camino, pero no nos es posible conducirte hasta muy lejos; porque se nos ha encomendado un recado urgente y regresamos a la tierra de la que huimos.

–Pero no temas –dijo Gelmir–: tienes escrito en la frente un alto destino, y él te llevará lejos de estas tierras, lejos en verdad de la Tierra Media, según me parece.

Entonces Tuor descendió los escalones tras los Noldor y vadeó el agua fría, hasta que entraron en la oscuridad más allá del arco de piedra. Y entonces Gelmir sacó una de esas lámparas por las que los Noldor tenían renombre; porque se habían hecho antaño en Valinor, y ni el viento ni el agua las apagaban, y cuando se descubrían irradiaban una clara luz azulina desde una llama encerrada en cristal blanco.<sup>2</sup> Ahora, a la luz que Gelmir sostenía por sobre su cabeza, Tuor vio que el río empezaba de pronto a descender por una suave pendiente y entraba en un gran túnel, pero junto al lecho cortado en la roca había largos tramos de peldaños que descendían y se adelantaban hasta una profunda lobreguez más allá de los rayos de la lámpara.

Cuando llegaron al pie de los rápidos, se encontraron bajo una gran bóveda de roca, y allí el río se precipitaba por una abrupta pendiente con un gran ruido que resonaba en la cúpula, y seguía luego bajo otro arco y volvía a desaparecer en un túnel. Junto a la cascada los Noldor se detuvieron y se despidieron de Tuor.

–Ahora debemos volvernos y seguir nuestro camino con la mayor prisa –dijo Gelmir–; porque asuntos de gran peligro se agitan en Beleriand.

–¿Es, pues, la hora en que Turgon ha de salir? –preguntó Tuor.

Entonces los Elfos lo miraron con gran asombro.

–Ése es asunto que concierne a los Noldor más que a los hijos de los Hombres –dijo Arminas–. ¿Qué sabes tú de Turgon?

–Poco –dijo Tuor–, salvo que mi padre lo ayudó a escapar de la Nirnaeth y que en la fortaleza escondida de Turgon vive la esperanza de los Noldor. Sin embargo, no sé por qué, tengo siempre su nombre en el corazón y me sube a los labios. Y si de mí dependiese, iría a buscarlo en vez de seguir este oscuro camino de temor. A no ser, quizá, que esta ruta secreta sea el camino a su morada.

–¿Quién puede decirlo? –respondió el Elfo–. Porque así como se esconde la morada de Turgon se esconden también los caminos que llevan a ella. Yo no los conozco, aunque los he buscado mucho tiempo. Sin embargo, si los conociera, no te los revelaría a ti ni a ninguno de entre los Hombres.

Pero Gelmir dijo: «No obstante he oído que tu Casa goza del favor del Señor de las Aguas. Y si sus designios te llevan a Turgon, entonces sin duda llegarás ante él no importa hacia dónde te vuelvas. ¡Sigue ahora el camino por el que las aguas te han traído desde las colinas, y no temas! No andarás mucho tiempo en la oscuridad. ¡Adiós!

Y no creas que nuestro encuentro haya sido casual; porque el Habitante del Piélago mueve muchas cosas en esta tierra quieta. *Anar kaluwa tielyanna!*<sup>3</sup>»

Con eso los Noldor se volvieron y ascendieron de vuelta las largas escaleras; pero Tuor permaneció inmóvil hasta que la luz de la lámpara desapareció, y se quedó solo en una oscuridad más profunda que la noche en medio de las cascadas rugientes. Entonces, haciéndose de coraje, apoyó la mano izquierda sobre el muro rocoso y tanteó el camino, lentamente en un comienzo, y luego con mayor rapidez al ir acostumbrándose a la oscuridad y no encontrar nada que lo estorbara. Y al cabo de un largo rato, como le pareció, cuando estaba fatigado, pero sin ganas de descansar en el negro túnel, vio a lo lejos por delante de él una luz; y apresurándose llegó a una alta y estrecha hendedura y siguió la ruidosa corriente entre los muros inclinados hasta salir a una tarde dorada. Porque había llegado a un profundo y escarpado barranco que avanzaba derecho hacia el Oeste; y ante él el sol poniente bajaba por un cielo claro, brillaba en el barranco y le iluminaba los costados con un fuego amarillo, y las aguas del río resplandecían como oro al romper en espumas sobre las piedras refulgentes.

En ese sitio profundo Tuor avanzaba ahora con gran esperanza y deleite, y encontró un sendero bajo el muro austral, donde había una playa larga y estrecha. Y cuando llegó la noche y el río siguió adelante invisible, excepto por el brillo de las estrellas altas que se reflejaban en aguas oscuras, descansó y durmió; porque no sentía temor junto al agua por la que corría el poder de Ulmo.

Con la llegada del día siguió caminando, sin prisa. El sol se levantaba a sus espaldas y se ponía delante de él, y donde el agua se quebraba en espumas entre las piedras o se precipitaba en súbitas caídas, en la mañana y en la tarde se tejían arcos iris por sobre la corriente. Por tanto, le dio al barranco el nombre de Cirith Ninniach.

Así viajó Tuor lentamente tres días bebiendo el agua fría, pero sin deseo de tomar alimento alguno, aunque había muchos peces que resplandecían como el oro y la plata o lucían los colores de los arcos iris en la espuma. Y al cuarto día el canal se ensanchó, y los muros se hicieron más bajos y menos escarpados; pero el río corría más profundo y con más fuerza, porque unas altas colinas avanzaban ahora a cada lado, y unas nuevas aguas se vertían desde ellas en Cirith Ninniach en cascadas de luces trémulas. Allí se quedó Tuor largo rato sentado, contemplando los remolinos de la corriente y escuchando aquella voz interminable hasta que la noche volvió otra vez y las estrellas brillaron frías y blancas en la oscura ruta del cielo. Entonces Tuor levantó la voz y pulsó las cuerdas del arpa, y por sobre el ruido del agua el sonido de

la canción y las dulces vibraciones del arpa resonaron en la piedra y se multiplicaron, y avanzaron y se extendieron por las montañas envueltas en noche, hasta que toda la tierra vacía se llenó de música bajo las estrellas. Porque aunque no lo sabía, Tuor había llegado a las Montañas del Eco de Lammoth junto al Estuario de Drenjist. Allí había desembarcado Fëanor en otro tiempo, y las voces de sus huéspedes crecieron hasta convertirse en un poderoso clamor sobre las costas del Norte antes del nacimiento de la Luna.<sup>4</sup>

Entonces Tuor, lleno de asombro, dejó de cantar y lentamente la música murió en las colinas y hubo silencio. Y entonces en medio del silencio oyó arriba en el aire un grito extraño; y no lo reconoció. Ora decía: «Es la voz de un duende». O: «No, es una bestezuela que se lamenta en el yermo». –Y luego, al oírla otra vez, dijo: «Seguramente es el grito de un ave nocturna que no conozco». –Y le pareció un sonido luctuoso, y no obstante deseaba escucharlo y seguirlo, porque el sonido lo llamaba, no sabía a dónde.

Por la mañana siguiente oyó la misma voz, y alzando los ojos vio tres grandes aves blancas que avanzaban por el barranco en el viento del oeste, y las alas vigorosas les brillaban al sol recién nacido, y al pasar sobre él gritaron una nota plañidera. Así, por primera vez, Tuor vio las grandes grullas, amadas de los Teleri. Se alzó entonces para seguir las, y queriendo observar hacia dónde volaban trepó la ladera de la izquierda y se irguió en la cima y sintió contra la cara un fuerte viento venido del Oeste; y los cabellos se le agitaban. Y bebió profundamente ese aire nuevo y dijo: «–¡Esto anima el corazón como beber vino fresco!». –Pero no sabía que el viento llegaba reciente del Gran Mar.

Ahora bien, Tuor se puso en marcha una vez más en busca de las grullas altas por sobre el río; y mientras avanzaba los lados del barranco se iban uniendo otra vez, y así llegó a un estrecho canal, lleno del gran estrépito del agua. Y al mirar hacia abajo, vio una gran maravilla, como le pareció; porque una frenética marejada avanzaba por el estrecho y luchaba contra el río, que seguía precipitándose hacia adelante, y una ola como un muro se levantó casi hasta la cima del acantilado, coronada de crestas de espuma que volaban al viento. Entonces el río fue empujado hacia atrás y la marejada avanzó rugiente por el canal anegándolo con aguas profundas, y las piedras pasaban rodando como truenos. Así la llamada de las aves marinas salvó a Tuor de la muerte en la marea alta; y era ésta muy grande por causa de la estación del año y del fuerte viento que soplaba del mar.

Pero la furia de las extrañas aguas desanimó a Tuor, que se volvió y se alejó hacia el sur, de modo que no llegó a las largas costas del Estua-

rio de Drengist, sino que erró aún algunos días por un campo áspero despojado de árboles; y un viento que venía del mar barría este campo, y todo lo que allí crecía, hierba o arbusto, se inclinaba hacia el alba porque prevalecía el viento del Oeste. De este modo Tuor llegó a los bordes de Nevrast, donde otrora había morado Turgon; y por fin, sin advertirlo (porque las cimas del acantilado eran más altas que las cuestas que había por detrás) llegó súbitamente al borde negro de la Tierra Media y vio el Gran Mar, Belegaer Sin Orillas. Y a esa hora el sol descendía más allá de las márgenes del mundo como una llamarada poderosa; y Tuor se irguió sobre el acantilado con los brazos extendidos y una gran nostalgia le ganó el corazón. Se dice que fue el primero de los Hombres en llegar al Gran Mar, y que nadie, salvo los Eldar, sintió nunca tan profundamente el anhelo que él despertara.

Tuor se demoró varios días en Nevrast, y le pareció bien hacerlo porque esa tierra, protegida por montañas del Norte y el Este y próxima al mar, era de clima más dulce y templado que las llanuras de Hithlum. Hacía mucho que estaba acostumbrado a vivir como cazador solitario en el descampado y no le faltó alimento; porque la primavera se afanaba en Nevrast, y el aire vibraba con ruido de pájaros, los que moraban en multitudes en las costas y los que abundaban en los marjales de Linaewen en medio de las tierras bajas; pero en aquellos días no se oían en todas aquellas soledades voces de Elfos ni de Hombres.

Llegó Tuor hasta los bordes de la gran laguna, pero las vastas ciénagas y los apretados bosques de juncos que se extendían en derredor le impedían alcanzar las aguas; y no tardó en volverse y regresar a las costas, porque el Mar lo atraía, y no estaba dispuesto a quedarse mucho tiempo donde no pudiera oír el sonido de las olas. Y en esas costas Tuor encontró por vez primera huellas de los Noldor de antaño. Porque entre los altos acantilados abiertos por las aguas al sur de Drengist había muchas ensenadas y calas con playas de arena blanca entre las negras piedras resplandecientes, y visitando esos lugares Tuor descubrió a menudo escaleras tortuosas talladas en la piedra viva; y junto al borde del agua había muelles en ruinas construidos con grandes bloques de piedra, donde antaño habían anclado navíos de los Elfos. En esas regiones Tuor se quedó mucho tiempo contemplando el mar siempre cambiante, mientras el año lento se consumía dejando atrás la primavera y el verano, y la oscuridad crecía en Beleriand, y el otoño de la condenación de Nargothrond estaba acercándose.

Y, quizá, los pájaros vieron desde lejos el fiero invierno que se aproximaba;<sup>5</sup> porque los que acostumbraban migrar hacia el sur se agruparon temprano para partir, y los que solían habitar en el norte volvieron a sus hogares en Nevrast. Y un día, mientras Tuor estaba sentado

en la costa, oyó un sibilante batir de grandes alas y miró hacia arriba y vio siete cisnes blancos que volaban en una rápida cuña hacia el sur. Pero cuando estuvieron sobre él, giraron y descendieron de pronto y se dejaron caer ruidosamente salpicando agua.

Ahora bien, Tuor amaba a los cisnes, a los que había conocido en los estanques grises de Mithrim; y el cisne además había sido la señal de Annael y su familia adoptiva. Se puso en pie por tanto para saludar a las aves y las llamó maravillado al ver que eran de mayor tamaño y más orgullosas que ninguna otra de su especie que hubiera visto nunca; pero ellas batieron las alas y emitieron ásperos gritos como si estuvieran enfadadas con él y quisieran echarlo de la costa. Luego, con gran ruido, se alzaron otra vez de las aguas y volaron por encima de la cabeza de Tuor, de modo que el aleteo sopló sobre él como un viento ululante; y girando en un amplio círculo subieron por el aire y se alejaron hacia el sur. Entonces Tuor exclamó en voz alta: «¡He aquí otro signo de que me he demorado demasiado tiempo!». Y en seguida trepó a la cima del acantilado y allí vio todavía a los cisnes que giraban en las alturas; pero, cuando se volvió hacia el sur y empezó a seguirlos, escaparon rápidamente.

Tuor viajó hacia el sur a lo largo de la costa durante siete días completos, y cada día lo despertaba un batir de alas sobre él en el alba, y cada día los cisnes avanzaban volando mientras él los seguía. Y mientras andaba los altos acantilados se hacían más bajos y las cimas se cubrían de hierbas altas y florecidas; y hacia el este había bosques que amarilleaban con el desgaste del año. Pero por delante de él, cada vez más cerca, veía una línea de altas colinas que le cerraban el camino y se extendían hacia el oeste hasta terminar en una alta montaña: una torre oscura y tocada de nubes apoyadas en hombros poderosos sobre un gran cabo verde que se adentraba en el mar.

Esas colinas grises eran en verdad las estribaciones occidentales de Ered Wethrin, el cerco septentrional de Beleriand, y la montaña era el Monte Taras, la más occidental de las torres de esa tierra y lo primero que veía el marino desde millas de mar adentro al acercarse a las costas mortales. Turgon había morado en otro tiempo bajo las prolongadas laderas, en los recintos de Vinyamar, las más antiguas obras de piedra de cuantas levantarán los Noldor en las tierras del exilio. Allí se alzaba todavía, desolada pero perdurable, alta sobre amplias terrazas que miraban al mar. Los años no la habían sacudido, y los servidores de Morgoth no habían pasado por allí sin acercarse; pero el viento y la lluvia y la escarcha la habían esculpido, y sobre la albardilla de los muros y las grandes tejas de la techumbre crecían plantas de un verde



grisáceo que, viviendo del aire salino, medraban aun en las hendeduras de la piedra estéril.

\* \* \*

Llegó entonces Tuor a las ruinas de un camino perdido, pasó entre montículos verdes y piedras caídas, y de ese modo y cuando menguaba el día llegó al viejo recinto con los patios altos y barridos por el viento. Ninguna sombra de temor o mal acechaba en estos sitios, pero lo ganó un miedo reverente al pensar en los que habían vivido allí y ahora habían partido nadie sabía a dónde: el pueblo inmortal pero condenado, venido desde mucho más allá del Mar. Y se volvió y miró, como los ojos de ellos habían mirado a menudo, el resplandor de las aguas agitadas que se perdían a lo lejos. Entonces se volvió otra vez y vio que los cisnes se habían posado en la terraza más alta, y se detuvo ante la puerta occidental del recinto; y ellos batieron las alas y le pareció que le hacían señas de que entrase. Entonces Tuor subió por las escaleras ahora medio ocultas entre la hierba y la colleja y pasó bajo el poderoso dintel y penetró en las sombras de la casa de Turgon; y llegó por fin a una sala de altas columnas. Si grande había parecido desde fuera, ahora vasta y magnífica le pareció desde dentro, y por respetuoso temor no quiso despertar los ecos de su vacío. Nada podía ver allí salvo en el extremo oriental, un alto asiento sobre un estrado, y tan quedamente como pudo se acercó a él; pero el sonido de sus pies resonaba sobre el suelo pavimentado como los pasos del destino, y los ecos corrían delante de él por los pasillos de columnas.

Al llegar delante de la gran silla en la penumbra y ver que estaba tallada en una única piedra y cubierta de signos extraños, el sol poniente llegó al nivel de una alta ventana bajo el gablete occidental y un haz de luz dio sobre el muro que tenía enfrente y resplandeció como sobre metal pulido. Entonces Tuor, maravillado, vio que en el muro de detrás del trono colgaban un escudo y una magnífica cota y un yelmo y una larga espada envainada. La cota resplandecía como labrada en plata sin mácula, y el rayo de sol la doraba con chispas de oro. Pero el escudo le pareció extraño a Tuor, pues era largo y ahusado; y su campo era azul y el emblema grabado en el centro era el ala blanca de un cisne. Entonces Tuor habló, y su voz resonó como un desafío en la techumbre: «Por esta señal tomaré estas armas para mí y sobre mí cargaré el destino que deparen». <sup>6</sup> –Y levantó el escudo y lo encontró más liviano y fácil de manejar de lo que había supuesto; porque parecía que estaba hecho de madera, pero con suma habilidad los Elfos herreros lo habían cubierto de láminas de metal, fuertes y sin embargo delga-

das como hojuelas, por lo que se había preservado a pesar del desgaste y el tiempo.

Entonces Tuor se puso la cota y se cubrió la cabeza con el yelmo y se ciñó la espada; negros eran la vaina y el cinturón con hebilla de plata. Así armado salió del recinto de Turgon y se mantuvo erguido en las altas terrazas de Taras a la luz roja del sol. Nadie había allí que lo viera mientras miraba hacia el oeste, resplandeciente de plata y de oro, y no sabía él que en aquel momento lucía como uno de los Poderosos del Oeste, capaz de ser el padre de los reyes de los Reyes de los Hombres más allá del Mar; y ése era en verdad su destino;<sup>7</sup> pero al tomar las armas un cambio había ocurrido en Tuor, hijo de Huor, y el corazón le creció dentro del pecho. Y cuando salió por las puertas los cisnes le rindieron homenaje, y arrancándose cada uno una pluma del ala se la ofrecieron tendiendo los largos cuellos sobre la piedra ante los pies de Tuor; y él tomó las siete plumas y las puso en la cresta del yelmo, y en seguida los cisnes levantaron vuelo y se alejaron hacia el norte a la luz del sol poniente, y Tuor ya no los vio más.

Tuor sintió entonces que sus pies lo llevaban a la playa y descendió las largas escaleras hasta una amplia costa, en el lado septentrional de Taras-ness; y vio que el sol se hundía en una gran nube negra que asomaba sobre el mar oscurecido; y el aire se enfrió, y hubo una agitación y un murmullo como de una tormenta que acecha. Y Tuor estaba en la costa y el sol parecía un incendio humeante tras la amenaza del cielo; y le pareció que una gran ola se alzaba en la lejanía y avanzaba hacia tierra, pero el asombro lo retuvo y permaneció allí inmóvil. Y la ola avanzó hacia él y había sobre ella algo semejante a una neblina de sombra. Entonces, de pronto, se encrespó y se quebró y se precipitó hacia adelante en largos brazos de espuma; pero allí donde se había roto se erguía oscura sobre la tormenta una forma viviente de gran altura y majestad.

Entonces Tuor se inclinó reverente, porque le pareció que contemplaba a un rey poderoso. Llevaba una gran corona que parecía de plata y de la que le caían los largos cabellos como una espuma que brillaba pálida en el crepúsculo; y al echar atrás el manto gris que lo cubría como una bruma, ¡oh, maravilla!, estaba vestido con una cota refulgente que se le ajustaba como la piel de un pez poderoso y con una túnica de color verde profundo que resplandecía y titilaba como los fuegos marinos mientras él se adelantaba con paso lento. De esta manera el Habitante de las Profundidades, a quien los Noldor llaman Ulmo, Señor de las Aguas, se manifestó ante Tuor, hijo de Huor, de la casa de Hador bajo Vinyamar.

No puso pie en la costa, y hundido hasta las rodillas en el mar sombrío, le habló a Tuor, y por la luz de sus ojos y el sonido de su voz profunda, el miedo ganó a Tuor, que se arrojó de bruces sobre la arena.

—¿Levántate, Tuor, hijo de Huor! —dijo Ulmo—. No temas mi cólera, aunque mucho tiempo te llamé sin que me escucharas; y habiéndote puesto por fin en camino, te retrasaste en el viaje hacia aquí. Tenías que haber llegado en primavera; pero ahora un fiero invierno vendrá pronto desde las tierras del Enemigo. Tienes que aprender de prisa, y el camino placentero que tenía designado para ti ha de cambiarse. Porque mis consejos han sido despreciados,<sup>8</sup> y un gran mal se arrastra por el Valle de Sirion y ya una hueste de enemigos se ha interpuesto entre tú y tu meta.

—¿Cuál es mi meta, Señor? —preguntó Tuor.

—La que mi corazón ha acariciado siempre —respondió Ulmo—: encontrar a Turgon y cuidar de la ciudad escondida. Porque te has ataviado de ese modo para ser mi mensajero, con las armas que desde hace mucho tenía dispuestas para ti. Pero ahora has de atravesar el peligro sin que nadie te vea. Envuélvete por tanto en esta capa y no te la quites hasta que hayas llegado al final del viaje.

Entonces le pareció a Tuor que Ulmo partía su manto gris y le arrojaba un trozo como una capa que al caer sobre él lo cubrió por completo desde la cabeza a los pies.

—De ese modo andarás bajo mi sombra —dijo Ulmo—. Pero no te demores; porque la sombra no resistirá en las tierras de Anar y en los fuegos de Melkor. ¿Llevarás mi recado?

—Lo haré, Señor —dijo Tuor.

—Entonces pondré palabras en tu boca que dirás a Turgon —dijo Ulmo—. Pero primero he de enseñarte, y oirás algunas cosas que no ha oído nunca Hombre alguno, no, ni siquiera los poderosos de entre los Eldar. —Y Ulmo le habló a Tuor de Valinor y de su oscurecimiento, y del Exilio de los Noldor y la Maldición de Mandos y del ocultamiento del Reino Bendecido—. Pero ten en cuenta —le dijo— que en la armadura del Hado (como los Hijos de la Tierra lo llaman) hay siempre una hendedura y en los muros del Destino una brecha hasta la plena consumación que vosotros llamáis el Fin. Así será mientras yo persista, una voz secreta que contradice y una luz en el sitio en que se decretó la oscuridad. Por tanto, aunque en los días de esta oscuridad parezca oponerme a la voluntad de mis hermanos, los Señores del Occidente, ésa es la parte que me cabe entre ellos y para la que fui designado antes de la hechura del Mundo. Pero el Destino es fuerte y la sombra del Enemigo se alarga; y yo estoy disminuido; en la Tierra Media soy apenas un secreto susurro. Las aguas que manan hacia el oeste menguan

cada día, y las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra; porque los Elfos y los Hombres ya no me ven ni me oyen por causa del poder de Melkor. Y ahora la Maldición de Mandos se precipita hacia su consumación, y todas las obras de los Noldor perecerán, y todas las esperanzas que abrigaron se desmoronarán. Sólo queda la última esperanza, la esperanza que no han previsto ni preparado. Y esa esperanza radica en ti; porque así yo lo he decidido.

—¿Entonces Turgon no se opondrá a Morgoth como todos los Eldar lo esperan todavía? —preguntó Tuor—. ¿Y qué queréis vos de mí, Señor, si llego ahora ante Turgon? Porque aunque estoy en verdad dispuesto a hacer como mi padre, y apoyar a ese rey en su necesidad, no obstante de poco serviré, un mero hombre mortal, entre tantos y tan valientes miembros del Alto Pueblo del Oeste.

—Si decidí enviarte, Tuor, hijo de Huor, no creas que tu espada es indigna de la misión. Porque los Elfos recordarán siempre el valor de los Edain, mientras las edades se prolonguen, maravillados de que prodigaran tanta vida, aunque poco tienen de ella en la tierra. Pero no te envió sólo por tu valor, sino para llevar al mundo una esperanza que tú ahora no alcanzas a ver, y una luz que horadará la oscuridad.

Y mientras Ulmo decía estas cosas, el murmullo de la tormenta creció hasta convertirse en un gran aullido, y el viento se levantó, y el cielo se volvió negro; y el manto del Señor de las Aguas se extendió como una nube flotante. «—Vete ahora —le dijo Ulmo—. ¡No sea que el Mar te devore! Porque Ossë obedece la voluntad de Mandos y está irritado, pues es sirviente del Destino».

—Sea como vos mandáis —dijo Tuor—. Pero si escapo del Destino, ¿qué palabras le diré a Turgon?

—Si llegas ante él —respondió Ulmo—, las palabras aparecerán en tu mente, y tu boca hablará como yo quiera. ¡Habla y no temas! Y en adelante haz como tu corazón y tu valor te lo dicten. Lleva siempre mi manto, porque así estarás protegido. Quitaré a uno de la cólera de Ossë, y lo enviaré a ti, y de ese modo tendrás guía: sí, el último marinero del último navío que irá hacia el Occidente, hasta la elevación de la Estrella. ¡Vuelve ahora a tierra!

Entonces estalló un trueno y un relámpago resplandeció sobre el mar; y Tuor vio a Ulmo de pie entre las olas como una torre de plata que titilara con llamas refulgentes; y gritó contra el viento:

—¡Ya parto, Señor! Pero ahora mi corazón siente nostalgia del Mar.

Y entonces Ulmo alzó un cuerno poderoso y sopló una única gran nota, ante la cual el rugido de la tormenta parecía una ráfaga de viento sobre un lago. Y cuando oyó esa nota, y fue rodeado por ella, y con ella colmado, le pareció a Tuor que las costas de la Tierra Media se

desvanecían, y contempló todas las aguas del mundo en una gran visión: desde las venas de las tierras hasta las desembocaduras de los ríos, y desde las playas y los estuarios hasta las profundidades. Al Gran Mar lo vio a través de sus inquietas regiones, habitadas de formas extrañas, aun hasta los abismos privados de luz, en los que en medio de la sempiterna oscuridad resonaban voces terribles para los oídos mortales. Las planicies inconmensurables las contempló con la rápida mirada de los Valar; se extendían inmóviles bajo la mirada de Anar, o resplandecían bajo la Luna cornamentada o se alzaban en montañas de cólera que rompían sobre las Islas Sombrías,<sup>9</sup> hasta que a lo lejos, en el límite de la visión, y más allá de incontables leguas, atisbó una montaña que se levantaba a alturas a las que no alcanzaba su mente, hasta tocar una nube brillante, y debajo refulgía la hierba. Y mientras se esforzaba por oír el sonido de esas olas lejanas, y por ver con mayor claridad esa luz distante, la nota murió, y Tuor se encontró bajo los truenos de la tormenta, y un relámpago de múltiples brazos rasgó los cielos por encima de él. Y Ulmo se había ido, y en el mar tumultuoso las salvajes olas de Ossë chocaban contra los muros de Nevrast.

Entonces Tuor huyó de la furia del mar, y con trabajo consiguió volver por el camino a las altas terrazas; porque el viento lo llevaba contra el acantilado, y cuando llegó a la cima lo hizo caer de rodillas. Por tanto, entró de nuevo al oscuro recinto vacío en busca de protección, y permaneció sentado toda la noche en el asiento de piedra de Turgon. Aun las columnas temblaban por la violencia de la tormenta, y le pareció a Tuor que el viento estaba lleno de lamentos y de gritos frenéticos. No obstante, la fatiga lo venció a ratos, y durmió perturbado por sueños, de los que ningún recuerdo le quedó en la vigilia, salvo uno: la visión de una isla, y en medio de ella había una escarpada montaña, y detrás de ella se ponía el sol, y las sombras cubrían el cielo; pero por encima de la montaña brillaba una única estrella deslumbrante.

Después de este sueño, Tuor durmió profundamente, porque antes de que la noche hubiera terminado, la tormenta se alejó arrastrando consigo los nubarrones negros hacia el Oriente del mundo. Despertó por fin a una luz grisácea, y se levantó y abandonó el alto asiento, y cuando bajó a la sala en penumbras vio que estaba llena de aves marinas ahuyentadas por la tormenta; y salió mientras las últimas estrellas se desvanecían en el Oeste ante la llegada del día. Entonces vio que las grandes olas de la noche habían avanzado mucho tierra adentro, y habían arrojado sus crestas por sobre la cima de los acantilados, y tejas rotas y algas cubrían aun las terrazas delante de las puertas. Y al mirar desde la terraza más baja, Tuor vio, apoyado contra el muro, entre piedras y despojos del mar, a un Elfo que vestía una empapada capa gris.

Sentado, en silencio, miraba más allá de la ruina de las playas las largas lomas de las olas. Todo estaba quieto, y no había otro sonido que el de la impetuosa marejada.

Al ver Tuor la silenciosa figura gris, recordó las palabras de Ulmo y le vino a los labios un nombre que nadie le había enseñado, y dijo en alta voz:

—¡Bienvenido, Voronwë! Te esperaba.<sup>10</sup>

Entonces el Elfo se volvió y miró hacia arriba, y Tuor se encontró con la penetrante mirada de unos ojos grises como el mar, y supo que pertenecía al alto pueblo de los Noldor. Pero hubo miedo y asombro en la mirada del Elfo cuando vio a Tuor erguido en el muro por encima de él, vestido con una gran capa que era como una sombra, cubriéndole una malla élfica que le resplandecía en el pecho.

Así permanecieron un momento, examinándose las caras, y entonces el Elfo se puso en pie y se inclinó ante Tuor. «¿Quién sois, señor? —preguntó—. Durante mucho tiempo he luchado contra el mar embravecido. Decidme: ¿ha habido grandes nuevas desde que abandoné la tierra? ¿Fue vencida la Sombra? ¿Ha salido el Pueblo Escondido?».

—No —respondió Tuor—. La Sombra se alarga, y los Escondidos permanecen escondidos.

Entonces Voronwë se quedó mirándolo largo tiempo en silencio. —Pero ¿quién sois? —volvió a preguntar—. Durante muchos años mi pueblo estuvo ausente de estas tierras, y ninguno de ellos moró aquí desde entonces. Y ahora advierto que a pesar de vuestro atuendo no sois uno de ellos, como lo creí, sino que pertenecéis a la raza de los Hombres.

—Así es en efecto —dijo Tuor—. ¿Y no eres tú el último marinero del último navío en salir hacia Occidente desde los Puertos de Círdan?

—Lo soy, en efecto —dijo el Elfo—. Voronwë, hijo de Aranwë. Pero cómo conocéis mi nombre y mi destino, no lo entiendo.

—Los conozco porque el Señor de las Aguas habló conmigo la víspera —respondió Tuor—, y dijo que te salvaría de la cólera de Ossë, y que te enviaría aquí con el fin de que fueras mi guía.

Entonces con miedo y asombro Voronwë exclamó:

—¿Habéis hablado con Ulmo el Poderoso? ¡Grandes han de ser entonces en verdad vuestro valor y vuestro destino! Pero ¿a dónde habré de guiaros, señor? Porque de seguro sois un rey de Hombres, y muchos han de obedecer vuestra palabra.

—No, soy un esclavo fugado —dijo Tuor—, y soy un proscrito solitario en una tierra desierta. Pero tengo un recado para Turgon, el Rey Escondido. ¿Sabes por qué camino llegar a él?

—Muchos son proscritos y esclavos en estos malhadados días que no nacieron en esa condición —respondió Voronwë—. Un señor de Hom-

bres sois por derecho, según me parece. Pero, aun cuando fuerais el más digno de todo vuestro pueblo, no tendríais derecho a ir en busca de Turgon, y vano sería que lo intentaseis. Porque aun cuando yo os condujera hasta sus puertas, no podríais entrar.

—No te pido que me lleves sino hasta esas puertas —dijo Tuor—. Allí el Destino luchará con los Designios de Ulmo. Y si Turgon no me recibe, mi misión habrá acabado, y el Destino será el que prevalezca. Pero en cuanto a mi derecho de ir en busca de Turgon: yo soy Tuor, hijo de Huor y pariente de Húrin, nombre que Turgon no habrá de olvidar. Y lo busco también por orden de Ulmo. ¿Habrá de olvidar Turgon lo que éste le dijo antaño: *Recuerda que la última esperanza de los Noldor ha de llegar del Mar?* O también: *Cuando el peligro esté cerca, uno vendrá de Nevrast para advertírtelo.*<sup>11</sup> Yo soy el que había de venir, y estoy así investido con las armas que me estaban destinadas.

Tuor se maravilló de oírse a sí mismo hablar de ese modo, porque las palabras que Ulmo le dijo a Turgon al partir de Nevrast no le eran conocidas de antemano, ni a nadie salvo al Pueblo Escondido. Por lo mismo, tanto más asombrado estaba Voronwë; pero se volvió y miró el Mar y suspiró.

—¡Ay! —dijo—. No querría volver nunca. Y a menudo he prometido en las profundidades del mar que si alguna vez pusiera el pie otra vez en tierra, moraría en paz lejos de la Sombra del Norte, o junto a los Puertos de Círdan, o quizá en los bellos prados de Nan-tathren, donde la primavera es más dulce que los deseos del corazón. Pero si el mal ha crecido desde que partí de viaje y el peligro definitivo acecha a mi pueblo, entonces debo regresar a él. —Se volvió hacia Tuor—. Os guiaré hasta las puertas escondidas —dijo—, porque los prudentes no han de desoír los consejos de Ulmo.

—Entonces marcharemos juntos como se nos ha aconsejado —dijo Tuor—. Pero ¡no te aflijas, Voronwë! Porque mi corazón me dice que tu largo camino te conducirá lejos de la Sombra, y que tu esperanza volverá al Mar.<sup>12</sup>

—Y también la vuestra —dijo Voronwë—. Pero ahora tenemos que abandonarlo e ir de prisa.

—Sí —dijo Tuor—. Pero ¿a dónde me llevarás y a qué distancia? ¿No hemos de pensar primero cómo viajaremos por las tierras salvajes, o si es el camino largo, cómo pasar el invierno sin abrigo?

Pero Voronwë no dio una respuesta clara acerca del camino.

—Vos conocéis la fortaleza de los Hombres —dijo—. En cuanto a mí, pertenezco a los Noldor, y grande ha de ser el hambre y frío el invierno que maten al pariente de los que atravesaron el Hielo. ¿Cómo creéis que pudimos trabajar durante días incontables en los yermos salados

del mar? ¿Y no habéis oído del pan de viaje de los Elfos? Y conservo todavía el que todos los marineros guardan hasta el final. —Entonces le mostró bajo la capa un bolsillo sellado sujeto con una hebilla al cinturón—. Ni el agua ni el tiempo lo dañan en tanto esté sellado. Pero hemos de economizarlo hasta que sea mucha la necesidad; y sin duda un proscrito y cazador habrá de encontrar otro alimento antes que el año empeore.

—Quizá —dijo Tuor—. Pero no en todas las tierras es posible cazar sin riesgo, por abundantes que sean las bestias. Y los cazadores se demoran en los caminos.

Entonces Tuor y Voronwë se dispusieron a partir. Tuor llevó consigo el pequeño arco y las flechas que traía además de las armas encontradas en la sala; pero la lanza sobre la que estaba escrito su nombre en runas élficas del Norte la dejó junto al muro en señal de que había pasado por allí. No tenía armas Voronwë, salvo una corta espada.

Antes de que el día hubiera avanzado mucho abandonaron la antigua vivienda de Turgon, y Voronwë guio a Tuor hacia el oeste de las empinadas cuestas de Taras, y a través del gran cabo. Allí en otro tiempo había pasado el camino desde Nevrast a Brithombar, que no era ahora sino una huella verde entre viejos terraplenes cubiertos de hierba. Así llegaron a Beleriand y la región septentrional de las Falas; y volviéndose hacia el este, buscaron las oscuras estribaciones de Ered Wethrin, y allí encontraron refugio y descansaron hasta que el día se desvaneció en el crepúsculo. Porque aunque las antiguas viviendas de Falathrim, Brithombar y Eglarest estaban todavía lejos, allí moraban Orcos ahora, y toda la tierra estaba infestada de espías de Morgoth: temía éste los barcos de Círdan que llegaban a veces patrullando las costas y se unían a las huestes enviadas desde Nargothrond.

Mientras estaban allí sentados envueltos en sus capas como sombras bajo las colinas, Tuor y Voronwë conversaron juntos durante mucho tiempo. Y Tuor interrogó a Voronwë acerca de Turgon, pero poco hablaba Voronwë de tales asuntos; hablaba en cambio de las moradas de la Isla de Balar y de la Lisgardh, la tierra de los juncos en las Desembocaduras del Sirion.

—Allí crece ahora el número de los Eldar —dijo—, porque cada vez son más abundantes los que huyen por miedo de Morgoth, cansados de la guerra. Pero no abandoné yo a mi pueblo por propia decisión. Porque después de la Bragollach y el fin del Sitio de Angband, por primera vez abrigó el corazón de Turgon la duda de que quizá Morgoth fuera demasiado fuerte. Ese año envió a unos pocos, los primeros que atravesaron las puertas desde dentro, y llevaban una misión secreta. Fueron Sirion



abajo hasta las costas próximas a las Desembocaduras, y allí construyeron barcos. Pero de nada les sirvió, salvo tan sólo para llegar a la gran Isla de Balar y establecer allí viviendas solitarias, lejos del alcance de Morgoth. Porque los Noldor no dominan el arte de construir barcos que resistan mucho tiempo las olas de Belegaer el Grande.<sup>13</sup>

»Pero cuando más tarde Turgon se enteró de los ataques de las Falas y del saqueo de los antiguos Puertos de los Carpinteros de Barcos que se encuentran allá lejos delante de nosotros, y se dijo que Círdan había salvado a unos pocos y navegado con ellos hacia el sur a la Bahía de Balar, volvió a enviar un grupo de mensajeros. Eso fue poco tiempo atrás; no obstante, en mi memoria parece la más larga porción de mi vida. Porque yo fui uno de los que envié, cuando era joven en años entre los Eldar. Nací aquí en la Tierra Media en el país de Nevrast. Mi madre pertenecía a los Elfos Grises de las Falas, y era pariente del mismo Círdan; hubo mucha mezcla de pueblos en Nevrast, durante los primeros años del reinado de Turgon, y yo tengo el corazón marino del pueblo de mi madre. Por tanto, yo estuve entre los escogidos, puesto que nuestro recado era para Círdan, que nos ayudara en la construcción de barcos, con el fin de que algún mensaje y ruego de auxilio pudiera llegar a los Señores del Oeste antes que todo se perdiera. Pero me demoré en el camino. Porque había visto poco de la Tierra Media y llegamos a Nan-tath-ren en la primavera del año. Amable al corazón es esa tierra como veréis si alguna vez seguís hacia el sur por el Sirion abajo. Allí se encuentra cura a las nostalgias del mar, salvo para aquellos a quienes no suelta el Destino. Allí Ulmo es sólo el servidor de Yavanna, y la tierra ha dado vida a hermosas criaturas que los corazones de las duras montañas del Norte no pueden imaginar. En esa tierra el Narog se une al Sirion, y ya no se apresuran, sino que fluyen anchos y tranquilos por los prados vivientes; y todo alrededor del río brillante crecen lirios cárdenos como un bosque florecido, y la hierba está llena de flores como gemas, como campanas, como llamas rojas y doradas, como estrellas multicolores en un firmamento verde. Sin embargo, los más bellos de todos son los sauces de Nan-tathren, de verde pálido, o plateados en el viento, y el murmullo de sus hojas innumerables es un hechizo de música: día y noche resonaban incontables mientras yo me hundía silencioso hasta las rodillas en la hierba y escuchaba. Allí quedé encantado y olvidé el Mar en mi corazón. Por allí erré dando nombre a flores nuevas o yaciendo entre sueños en medio del canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, olvidado de todos mis parientes, fueran los barcos de los Teleri o las espadas de los Noldor, pero mi destino no lo permitió. O quizá el mismo Señor de las Aguas; porque era muy fuerte en esa tierra.

»Así me vino al corazón la idea de construir una balsa con ramas de sauce y trasladarme por el brillante seno del Sirion; y así lo hice, y así fui llevado. Porque un día, mientras estaba en medio del río sopló un viento súbito y me atrapó, y me arrastró fuera de la Tierra de los Sauces hacia el Mar. De este modo llegué el último de entre los mensajeros junto a Círdan; y de los siete barcos que construyó a pedido de Turgon todos menos uno estaban plenamente acabados. Y uno por uno se hicieron a la mar hacia el Oeste, y ninguno ha vuelto nunca ni se han tenido noticias de ellos.

»Pero el aire salino del mar agitaba de nuevo el corazón de la parentela de mi madre en mi pecho, y me regocijé en las olas aprendiendo toda la ciencia del mar como si la tuviera ya almacenada en mi mente. De modo que cuando el último barco y el mayor estuvo pronto, yo estaba ansioso por partir y me decía a mí mismo: “Si son ciertas las palabras de los Noldor, hay entonces en el Oeste prados con los que la Tierra de los Sauces no puede compararse. Allí nunca nada se marchita ni tiene fin la primavera. Y quizá aun yo, Voronwë, pueda llegar allí. Y en el peor de los casos errar por las aguas es mucho mejor que la Sombra del Norte”. Y no tenía miedo, porque no hay agua que pueda anegar los barcos de los Teleri.

»Pero el Gran Mar es terrible, Tuor, hijo de Huor; y odia a los Noldor, porque es el Destino de los Valar. Peores cosas guarda que hundirse en el abismo y perecer: hastío y soledad y locura; terror del viento y el tumulto, y silencio y sombras en las que toda esperanza se pierde y todas las formas vivientes se apagan. Y baña muchas costas extrañas y malignas, y lo infestan muchas islas de miedo y peligro. No he de oscurecer tu corazón, hijo de la Tierra Media, con la historia de mis trabajos durante siete años en el Gran Mar, desde el Norte hasta el Sur, pero nunca hacia el Oeste. Porque éste permanece cerrado para nosotros.

»Por fin, completamente desesperados, fatigados del mundo entero, dimos la vuelta y escapamos del hado que nos había perdonado durante tanto tiempo, sólo para golpearnos más duramente. Porque cuando divisamos una montaña desde lejos y yo exclamé: “¡Mirad! Allí está Taras y la tierra que me vio nacer”, el viento despertó, y grandes nubes cargadas de truenos vinieron desde el Oeste. Entonces las olas nos persiguieron como criaturas vivas llenas de malicia, y los rayos nos hirieron; y cuando estuvimos reducidos a un casco indefenso, los mares saltaron furiosos sobre nosotros. Pero, como veis, yo fui salvado; porque me pareció que a mí acudía una ola, más grande, y sin embargo más calma que todas las otras, y me tomó y me levantó del barco, y me transportó alto sobre sus hombros, y precipitándose a tierra me arrojó sobre la hierba retirándose luego y descendiendo por el acanti-

lado como una gran cascada. Allí estaba desde hacía una hora todavía aturdido por el mar, cuando vinisteis a mi encuentro. Y siento todavía el miedo que produce, y la amarga pérdida de los amigos que me acompañaron tanto tiempo y hasta tan lejos, más allá de la vista de las tierras mortales.

Voronwë suspiró y continuó en voz baja, como si se hablara a sí mismo: «Pero muy brillantes eran las estrellas sobre el margen del mundo cuando a veces las nubes se retiraban del Oeste. No obstante, si vimos sólo nubes más remotas, o atisbamos en verdad, como lo han sostenido algunos, las Montañas de las Pelón en torno a las playas perdidas de nuestra antigua patria, no lo sé. Lejos, muy lejos se levantan, y nadie de las tierras mortales volverá nunca a ellas, según creo». —Entonces Voronwë guardó silencio; porque había llegado la noche y las estrellas brillaban blancas y frías.

Poco después Tuor y Voronwë se levantaron y volvieron sus espaldas al mar, e iniciaron su largo viaje en la oscuridad; del cual hay poco que decir, pues la sombra de Ulmo estaba sobre Tuor, y nadie los vio pasar por bosque o por piedra, por campo o por valle, entre la puesta y la salida del sol. Pero siempre avanzaban precavidos evitando los cazadores de ojos nocturnos de Morgoth y esquivando los caminos transitados de los Elfos y los Hombres. Voronwë escogió el camino y Tuor lo seguía. No hacía éste preguntas vanas, pero no dejaba de advertir que marchaban siempre hacia el este a lo largo de las fronteras de las montañas cada vez más altas, y que nunca se volvían hacia el sur, lo cual lo asombró, porque creía, como la mayor parte de los Hombres y los Elfos, que Turgon moraba lejos de las batallas del Norte.

Lentamente avanzaban en el crepúsculo y en la noche por el descampado sin caminos, y el fiero invierno descendía rápido desde el reino de Morgoth. A pesar del abrigo que procuraban las montañas, los vientos eran fuertes y amargos, y pronto la nieve cubrió espesa las alturas, o giraba en remolinos en los pasos, y caía sobre los bosques de Núath antes de que perdieran del todo sus hojas marchitas.<sup>14</sup> Así, a pesar de haberse puesto en camino antes de Narquelië, llegó Hísimë con su cruel escarcha mientras se acercaban todavía a las Fuentes del Narog.

Allí al cabo de una noche fatigosa, hicieron alto a la luz gris del alba; y Voronwë estaba desanimado y miraba en torno con aflicción y temor. Donde otrora había estado el hermoso estanque de Ivrin, en su gran cuenco de piedra abierto por la caída de las aguas, y todo alrededor había sido una hondonada cubierta de árboles bajo las colinas, veía ahora una tierra mancillada y desolada. Los árboles estaban quemados y

arrancados de raíz; y los bordes de piedra del estanque estaban rotos, de modo que las aguas de Ivrin se extendían en un gran pantano estéril entre las ruinas. Todo era ahora un cenagal de lodo congelado, y un hedor de corrupción cubría el suelo como una niebla inmunda.

—¡Ay! ¿Ha llegado el mal por aquí? —exclamó Voronwë—. Otrora este sitio estaba lejos de la amenaza de Angband; pero los dedos de Morgoth llegan cada vez más lejos.

—Es lo que Ulmo me dijo —recordó Tuor—: «*Las fuentes están envenenadas, y mi poder se retira de las aguas de la tierra*».

—Sí —dijo Voronwë—, un mal ha estado aquí de fuerza más grande que la de los Orcos. El miedo se demora en este sitio. —Y examinó a su alrededor los bordes del lodo hasta que de repente se detuvo y gritó—: ¡Sí, un gran mal! —E hizo señas a Tuor, y Tuor al acercarse vio una gran hendidura, como un surco que avanzaba hacia el sur, y a cada lado, ora borrosas, ora firme y claramente selladas por la nieve, las huellas de unas grandes garras—. ¡Mirad! —dijo Voronwë, la cara pálida de repugnancia y miedo—. ¡Aquí estuvo hace no mucho el Gran Gusano de Angband, la más fiera de todas las criaturas del Enemigo! Mucho se ha retrasado ya el recado que tenemos para Turgon. Es necesario darse prisa.

Mientras así hablaba, oyeron un grito en los bosques, y se quedaron inmóviles como piedras grises, escuchando. Pero la voz era una hermosa voz, aunque apenada, y parecía decir un nombre como quien busca a alguien que se ha perdido. Y mientras aguardaban, una figura surgió de entre los árboles, y vieron que era un hombre alto armado, vestido de negro, con una larga espada desenvainada; y se asombraron, porque la hoja de la espada era también negra, pero el filo brillaba claro y frío. Tenía el dolor grabado en la cara, y cuando vio la ruina de Ivrin clamó en alta voz apenado, diciendo:

—¡Ivrin, Faelivrin! ¡Gwindor y Beleg! Aquí una vez fui curado. Pero ahora, nunca más beberé el trago de la paz.

Entonces se volvió rápido hacia el Norte como quien persigue a alguien o tiene un cometido de gran prisa, y lo oyeron gritar *Faelivrin, Finduilas!* hasta que la voz se perdió en los bosques.<sup>15</sup> Pero ellos no sabían que Nargothrond había caído y que éste era Túrin, hijo de Húrin, la Espada Negra. Así, sólo por un momento, y nunca otra vez, se cruzaron los caminos de estos dos parientes, Túrin y Tuor.

Cuando la Espada Negra hubo pasado, Tuor y Voronwë siguieron adelante por un rato, aunque ya era de día; porque el recuerdo de la desdicha de Túrin les pesaba, y no podían soportar quedarse junto a la profanación de Ivrin. Pero no tardaron en buscar un sitio donde

ocultarse, porque toda la tierra estaba llena ahora de presagios de mal. Durmieron poco e intranquilos, y cuando transcurrió el día y cayeron las sombras, empezó a nevar, y con la noche llegó una mordiente escarcha. En adelante la nieve y el hielo no cedieron nunca y durante cinco meses el Fiero Invierno, mucho tiempo recordado, tuvo sometido el Norte. Ahora el frío atormentaba a Tuor y a Voronwë, y temían que la nieve los revelara a sus enemigos, o que pudieran caer en peligros ocultos traicioneramente enmascarados. Nueve días siguieron adelante, de manera cada vez más lenta y penosa, y Voronwë se desvió algo hacia el norte, hasta que cruzaron los tres brazos del Teiglin; y luego se encaminó otra vez hacia el este abandonando las montañas, y avanzó precavido, hasta que pasaron el Glithui y llegaron a la corriente del Malduin, y estaba cubierto de negra escarcha.<sup>16</sup>

Entonces Tuor le dijo a Voronwë:

–Fiera es la escarcha y la muerte está cerca de mí, y quizá también de ti.–Pues se encontraban ahora en un verdadero aprieto: hacía ya mucho que no conseguían alimento en el descampado, y el pan de viaje menguaba; y tenían frío y estaban fatigados.

–Malo es estar atrapados entre la Maldición de los Valar y la Malicia del Enemigo –dijo Voronwë–. ¿He escapado de las bocas del mar para caer aquí y morir sepultado bajo la nieve?

Pero Tuor dijo: «¿Cuánto tenemos que avanzar todavía? Porque, Voronwë, ya no has de tener secretos para mí. ¿Me llevas por camino directo, y a dónde? Pues si tengo que consumir mis últimas fuerzas, quiero saber al menos con qué beneficio».

–Os he conducido tan directamente como me pareció posible –respondió Voronwë–. Sabed pues ahora que Turgon habita aún en el norte de la tierra de los Eldar, aunque pocas gentes lo creen. Ya estamos cerca de él. No obstante, hay todavía muchas leguas que recorrer, aun a vuelo de pájaro; todavía nos espera el Sirion por delante, que hemos de cruzar, y quizá encontremos grandes males en el camino. Porque llegaremos pronto al Camino que otrora descendía desde las Minas del Rey Finrod hasta Nargothrond.<sup>17</sup> Por allí andan y vigilan los sirvientes del Enemigo.

–Me tenía por el más resistente de los Hombres –dijo Tuor–, y he soportado muchas penurias de invierno en las montañas; pero entonces tenía al menos una cueva para abrigarme, y fuego, y dudo ahora que las fuerzas me alcancen para seguir así mucho más, hambriento y en un tiempo tan fiero. Pero continuemos mientras sea posible, antes que la esperanza se agote.

–No tenemos otra elección –dijo Voronwë–, salvo la de yacer aquí tendidos y aguardar el sueño de la nieve.

Por tanto, todo ese amargo día avanzaron trabajosamente, pensando menos en el peligro del enemigo que en el invierno; pero a medida que seguían adelante no era tanta la nieve con que se topaban, pues iban nuevamente hacia el sur, descendiendo por el Valle del Siron, y las Montañas de Dor-lómin quedaron muy atrás. En las primeras sombras del crepúsculo llegaron al Camino al pie de una elevación arbolada. De pronto advirtieron que estaban oyendo voces, y al mirar cautelosos por entre los árboles, vieron abajo una luz roja. Una compañía de Orcos había acampado en medio del camino, amontonados en torno a un fuego de leña.

–*Gurth an Glamhoth!* –musitó Tuor–.<sup>18</sup> ¡La espada saldrá ahora de debajo de la capa! Arriesgaré la vida por apoderarme de ese fuego, y aun la carne de Orcos sería un regalo.

–¡No! –dijo Voronwë–. En esta misión sólo la capa es de utilidad. Tenéis que renunciar al fuego, a Turgon. Esta banda no está sola en el descampado: ¿vuestrós ojos mortales no pueden distinguir las llamas distantes de otros puestos al norte y al sur? Un tumulto atraería sobre nosotros a todo un ejército. ¡Escuchadme, Tuor! Es contra la ley del Reino Escondido acercarse a las puertas con enemigos a tus talones; y esa ley no quebrantaré, ni por orden de Ulmo ni por la muerte. Alerta a los Orcos y te abandono.

–Los dejaré estar entonces –dijo Tuor–. Pero viva yo para ver el día en que no haya de esquivar a un puñado de Orcos como perro acobardado

–¡Ven, pues! –dijo Voronwë–. Ya no discutas más o nos olfatearán. ¡Sígueme!

Se arrastró entonces por entre los árboles, marchando hacia el sur con el viento, seguido por Tuor, hasta que estuvieron a mitad de camino entre el primer fuego de los Orcos y el siguiente. Allí Voronwë se detuvo largo rato, escuchando.

–No oigo a nadie que se mueva en el camino –dijo–, pero no sabemos qué pueda acechar en las sombras. –Atisbó en la penumbra y se estremeció–. Hay un mal en el aire –musitó–. ¡Ay! Más allá se encuentra la tierra de nuestra misión y nuestra esperanza de vida, pero la muerte camina por el medio.

–La muerte nos rodea por todas partes –dijo Tuor–. Pero sólo me quedan fuerzas para el camino más corto. Aquí he de cruzar o perecer. Confiaré en el manto de Ulmo, y también a ti te cubrirá. ¡Ahora será yo el que conduzca!

Así diciendo, se deslizó hasta el borde del camino, y abrazando allí a Voronwë arrojó sobre ambos los pliegues de la capa gris del Señor de las Aguas, y se adelantó.